

**TALO**

*Elías Hacha, Cuentos del Simbúscaló.*



(A MODO DE NOTICIA, CON ALGUNA QUE OTRA DIGRESIÓN INNECESARIA)

I

Cuando me asalta la barroca convicción de que la vida es sueño, dejo a un lado mi sueño de una noche de verano, que también lo tuve, y me siento como obligado a reconocer que rara vez alcanza un sueño el grado de verdad suficiente para entrar en la historia; ni siquiera si se trata de la historia de un solo hombre. Y lo peor es que soy tan torpe, tan inseguro, que en multitud de ocasiones, incluso tratándose del despertar de un solo hombre, he malogrado un real instante de luz sólo por ser demasiado parecido a un sueño.

Con este relato, que es hijo de un poema casi épico y nieto de un poema casi lírico ya difunto, he pretendido conservar la verdad de un solo hombre (con lo que tal cosa tiene de dudosa) en un sueño muy viejo y a todas luces falso. No pretendo con esto mostrar desnuda una intimidad, sino fortificar con palabras una vivencia. No adornar, sino apuntalar.

He creído que la literatura, esta gran mentira consentida que nos convierte en cómplices, ofrece una materia lo bastante resistente como para tallar los puntales que preciso. Para ello escogí y desfiguré un mito humilde que fue generado por el añejo magín heleno en la larga noche que dio forma a Dédalo. Que Talo me perdone por esta recreación suya que, exenta del mínimo rigor, lo lleva hasta la vejez sin respetar los naturales efectos de su temprana muerte. Yo aspiro, únicamente, a mentir con corrección y según la regla.

## II

La verdad es que Dédalo tuvo que ser un señor muy curioso en el doble sentido de la palabra: capaz de observación y digno de ella. Los avatares de su vida, de dudosa existencia, han sido meticulosamente recopilados y profusamente comentados por multitud de amantes de la Mitología; sobre todo por algunos oteadores de ese borroso y seductor horizonte que el mito parece esbozar contra los amenazados perfiles de la Historia.

Arquitecto, ingeniero, mecánico y, según parece, hasta proveedor de espectaculares artilugios eróticos para la Reina enamorada del Gran Toro Blanco, legó a la posteridad, como todos sabemos, multitud de obras impresionantes y rigurosamente imaginarias: el Laberinto, un autómatas gigantesco curiosamente llamado Talo, como su sobrino, y, sobre todo, el primer ingenio volador del que se tiene noticia cierta en esa gran falacia monumental que constituye acaso lo más sabroso del legado de nuestros antepasados.

Hasta ahora siempre se había pensado que Dédalo diseñó y construyó sus dos primeros pares de alas dentro del Laberinto, obligado por fuerzas mayores y con el trágico resultado que todos conocemos. Aunque no voy a declarar las fuentes de mi información (pues no hay tales fuentes), estoy en condiciones de afirmar que dos años antes de que se iniciase la construcción del laberinto, habiendo descubierto las verdaderas intenciones que sus soberanos albergaban para él una vez que concluyese la grandiosa estructura que acababa de serle encargada, ya había emprendido (junto con los planos del que adivinaba como su presidio perpetuo) el diseño de unas alas que le permitiesen burlar el monárquico celo. No es que el Minotauro fuese un compañero desagradable (en realidad lo conocía desde pequeño y literalmente comía en su mano), pero él era hombre de paisajes más abiertos. De manera que, mientras atrapado por la fatalidad construía para sí mismo la más inexpugnable de las cárceles, se proveía en secreto de la llave de su libertad.

Tuvo listas las alas en nueve agotadoras semanas y media; y ello, como queda dicho, sin desatender la elaboración de los planos del Laberinto. Aunque estaba seguro de que funcionarían, se basaba en una teoría un tanto temeraria y aún no demostrada por ningún físico: la teoría de que el aire no era

un espíritu sin cuerpo, como se creía comúnmente, sino un fluido espeso, al igual que el agua. Llegados a este punto, he de confesar que siento algunos reparos al difundir el falso rumor que sigue y engrosar con él la leyenda negra de Dédalo, que parece implicarlo en la muerte de su sobrino; pero creo que la exactitud del engaño poético alcanza a justificarme. Por lo tanto, y muy a mi pesar, he de proseguir diciendo que nuestro inventor no se atrevía a probar por sí mismo tan arriesgado artilugio y que decidió utilizar como rata de laboratorio al hijo mayor de su hermana Pérdix, mozo avisado y prometedor, conocido (como ya queda apuntado) con el nombre de Talo.

El tal Talo era un joven dotado de la belleza y de la inteligencia que Dédalo hubiese deseado para su propio hijo, el atolondrado Ícaro. Desde pequeño quiso seguir los pasos geniales de su tío, y ya a los diecisiete años había legado a la posteridad dos inventos que mejorarían ostensiblemente la calidad de vida del pueblo llano: la sierra de carpintero (para cuya confección se inspiró en la mandíbula de una pequeña serpiente que había aparecido muerta en el patio de su casa) y la rueda de alfarero. Cinco años después, reconocido y acomodado, había tomado por esposa a una hermosa joven de buena familia; y sus dos pequeños retoños, de uno y tres años, recrudescían en el tío abuelo Dédalo el anhelo irreprímible de unos nietos que su hijo no había sabido darle. Las inevitables comparaciones con éste y el renombre que Talo había alcanzado desde tan corta edad fueron envenenando poco a poco el alma de Dédalo, y los celos se apoderaron de él hasta convertirse en un tormento insoportable. No le resultó difícil, conector de la admiración ingenua y sincera que Talo le profesaba, animarlo sutilmente a que se ofreciese como voluntario para probar en secreto sus alas, convirtiéndose así en el primer hombre volador de la antigüedad.

### III

Salieron sin ser notados, a la hora de la siesta, estando ya la polis sosegada. Talo, sintiendo el temor natural que le inspiraba su decisión, pero resuelto y, en el fondo, gozoso de participar en aquel histórico experimento. Dédalo, dividido entre dos gozos de distinto signo: el del genio que esperaba recoger por fin el fruto de su esfuerzo, y el del asesino que deseaba ocultamente que algo fallase para verse vengado y liberado de quien, con su fresca presencia, lo hacía arder en la insana y miserable fogata de la envidia.

Cargados con los arreos escalaron en silencio hasta la roca elegida para el salto. Una vez arriba, tal como dos años más tarde habría de advertir en el Laberinto a su propio hijo, el viejo sabio previno a su sobrino del riesgo que corría si la cera de las plumas se calentaba en exceso. Revisó las correas de cuero que fijaban a sus hombros el flexible armazón fabricado con enormes cartílagos de escualo y, dándole ánimos, lo ayudó a saltar correctamente desde el acantilado hacia la playa.

Lo vio caer, pero no subir. Sin embargo, el cuerpo de Talo no fue encontrado.

(CENTRANDO DE UNA VEZ EL ASUNTO)

I

Lo cierto es que hace ya muchos años, y que por eso ahora puedo recordar desde la sonrisa, incluso aventurando alguna que otra broma; pero durante mucho tiempo he estado sumido (y aún me aflora) en una especie de reverencia incontrolable que me producía una seriedad de la que resultaba muy difícil escapar. Y aún hoy día pienso que puedo permitirme hablar de estas cosas porque en realidad soy una ficción y no tiene sentido dudar de lo que a una ficción se le puede ocurrir recordar.

El momento en el que, con la ayuda de mi tío, desplegué las alas y mis pies abandonaron suelo firme, lo he revivido tantas veces que ya no me reconozco en la memoria. Recuerdo, sobre todo, la imagen de mis pies vistos desde atrás, aunque sé que es absolutamente imposible que yo percibiera esa imagen. Sin embargo, era yo. Sin duda.

Lo primero que sentí fue terror. El tiempo se me estiraba en el corazón con un dolor físico, real. Mis excrementos me acompañaban en el descenso, pero no dentro de mí. Los sonidos del crepúsculo, las olas, las últimas aves, se fundieron en zumbido sordo y todo se tornó de color morado, sobre todo la espuma que me esperaba abajo. Morada, espantosamente morada. Tenía la impresión de que me cubría los ojos una sangre seca e inevitable que parecía participar en su densidad de la espantosa lentitud de la caída. Y entonces, repentinamente, en mi desesperación, noté el espesor del aire y acerté a apoyarme en él con toda la anchura de las alas. Sentí un tirón suave y, como si hubiese volado desde siempre, incliné ligeramente los brazos y cambié la trayectoria. Me asaltó una risa loca mezclada con sollozos convulsivos, bajé entre hipos y carcajadas hasta unos ocho pies por encima de las olas, y finalmente, relajado y feliz, planeé consciente de mi desnudez y de mi libertad, dejándome arrastrar por la brisa marina. (Todo esto, insisto, lo recuerdo como si me viese a mí mismo, incluso tengo la impresión de que me iba haciendo pequeño a medida que me alejaba mar adentro.)

Cuando volví a sentirme descansado, me había retirado bastante del acantilado. No sé por qué razón, ni siquiera me paré a pensar en mi tío (Poco después supe que aquella misma tarde abandonó la polis, y probablemente aún creerá que he muerto. Tal vez sea mejor así). Me sentí de pronto inesperadamente vigoroso, tanto que intenté subir; pero me desequilibraba y corría el riesgo de acercarme demasiado al agua. Por último, tras lo que debió de ser un cuarto de hora de aleteo agotador, adiviné cuál era la postura correcta de las alas para ascender.

Mantenerse en el aire era maravilloso, pero subir era aún mejor. Probablemente mi estilo resultaba un tanto desgarbado para las gaviotas, que se alejaron chillando horrorizadas. (No pensé en aquel momento que se apartaban de mí por una cuestión estética; más bien por un primitivo y equivocado, en esta ocasión, instinto de supervivencia. Con el tiempo he comprendido que, efectivamente, mi estilo de vuelo ofendía su buen gusto.)

Ascendí unos ochocientos pies sin mirar hacia abajo. Cuando me detuve quedé fascinado por la visión de la tierra y del mar, y sobre todo, de mi polis querida, figurando desparramada una extraña estrella marina que reposase caprichosamente sobre la playa sus desiguales tentáculos de piedra. Distinguí mis lugares más frecuentados: mi casa, el taller de mi tío, la taberna de Anaxágoras... Pensé en mi esposa, en mis hijos, en mis buenos amigos de juego y de vino; pero sólo fue un instante: tenía que seguir subiendo. Aleteé con más fuerza aún, con los ojos entornados, directo hacia el sol que me llenaba las pestañas de minúsculos plumones arcoíris, temblorosos y cálidos. No sé cuánto tiempo mantuve el compás de los brazos, como un remero borracho que hubiese perdido cualquier otro sentido de la realidad que no fuese su propio esfuerzo. Hasta que, despertándome repentinamente de aquella embriaguez, una pluma desprendida tocó levemente mi párpado izquierdo, y después otras dos mi mejilla izquierda, y otras más mi torso desnudo, mis nalgas, mis piernas y, mientras recordaba las advertencias de mi sabio tío, sentía en el brazo izquierdo cada vez menos espeso el aire y comprendía definitivamente que yo, Talo, el inventor del torno de alfarero y de la sierra, el primer hombre volador de la historia, no era más que un pobre imbécil.

## II

Aunque sé que no existo, no puedo evitar que me asalten multitud de reparos ante lo que me dispongo a contar. El primero de todos es el de romper el velo de mi secreto, velo gustoso como baño de crema, que durante tantos años he saboreado en solitario. Además, tengo la impresión, probablemente equivocada, de que en la conservación de ese secreto reside gran parte de mi fuerza y de que, una vez entregado al papel y a los ojos de quienes quieran leerlo, una debilidad repentina se apoderará de mí.

Probablemente son temores irracionales, el buen sentido me dice que quienes hayan experimentado lo que yo experimenté, sencillamente se sentirán acompañados. Y quienes no hayan tenido ninguna vivencia como la mía sobrevolarán impasibles mis palabras (o, como mucho, ligeramente impresionados), para después olvidarlas sin mayores complicaciones. Pero, a pesar de todo, no puedo dejar de sentir esta premonición de desvalimiento, de inevitable pudor acaso.

Reconozco que hablar de la propia dicha y de la propia suerte es un acto insolidario con tantos autores admirables que asumen en su hastío o en su desdicha el sinsentido y el sufrimiento de los desheredados del mundo; así que mi mano tiembla cuando me dispongo a mostrar, como un niño inconsciente, el cofre destapado de mi herencia. Sin embargo, hay algo que me impulsa a ello, por irremediable presunción quizá, quizá porque sé que puede haber herencia para el menos pensado, quizá porque echo de menos el inefable y adolescente placer de la confidencia innecesaria. Quizá, en fin, porque soy una simple ficción y no está mal que los sueños sean hermosos.

Contar o no contar, confesar o no confesar. Para alguien que no es, que simplemente se llama, a eso se reduce la cuestión. Escucho las voces que me rodean, desde el Asia menor hasta Gadir, desde los abuelos de mis abuelos hasta los sabios del día: todas esas voces, según creo, me piden silencio. Y si consulto en mi polis, en el templo de mis hermanos y de mis hijos, no parece haber duda para los Grandes Maestros Locos, guardianes del templo de la Madre Loca y de sus misterios iniciáticos:

*"Escuchar, saber, atreverse y callar"*, reza una inscripción en la misma puerta del templo. Y en el papiro enrollado a los mismos pies de la diosa:

*"...si lo mostrásemos a los otros y lo sacásemos a la luz / seríamos la irrisión de los hombres, de las mujeres y de los niños. / Sed pues modestos y reservados, / y estaréis en paz y sin preocupaciones / de fijo ante el prójimo y ante la Diosa / que da el arte, y quiere que permanezca oculto."*

Es cierto que la sabiduría de los antiguos me atemoriza más que todas mis reflexiones. Y aunque empecé con el ánimo dispuesto, noto que de nuevo me gana el silencio... De todas formas, ¿qué puedo contar? ¿Que cuando aleteaba hacia el sol con unas alas que fabricó mi tío, en el justo momento en que la cera de las plumas comenzó a derretirse, dejé repentinamente de tener forma humana y el Fuego del Fuego de los fuegos y yo fuimos la misma cosa? ¿Que el intervalo del presente no abarcó aquel minuto, ni aquella hora, ni aquella tarde, ni aquella semana, ni siquiera aquella vida, sino aquella eternidad? ¿Que el intervalo del aquí no abarcó aquel cuerpo, ni aquella playa, ni aquella región, ni siquiera aquella península, sino aquella infinitud? ¿Que inmediatamente después aparecí en la arena, sano y salvo, loco de alegría y sin un rasguño? Nadie podría creer semejantes disparates. Mejor dejar las cosas como están.

### III

Se me ocurre que morir tal vez sea una cosa así. Puede que por eso no pueda hablar de tiempo, ni de largo gozo, ni de breve eternidad, allá, en la gloria. Sólo sé que regresé, aleccionado y confuso, temeroso y audaz como antes nunca, con un nuevo uniforme de a diario, que era un traje de fiesta. (Puede que no. Puede que morir no sea una cosa así. Quizá simplemente estuve vivo en seco; sin más sabores, ni más luces, ni más aromas que mi sabor, que mi aroma y que mi luz.)

Después fue como si el mismo Espíritu se me lloviese en oro delante de los ojos. Zeus, padre de los dioses, el llamado Júpiter cuando es invocado por su nombre de lluvia, se fue delectando sobre mi cabeza despeinada por el fuego, y cada letra fue un secreto de amante, un secreto de toro, de caballo, de cisne; me decía como ama la carne más menuda de grillos y luciérnagas, y también cómo sabe el amor de los dioses. Ráfagas de oro atravesaban mi cuerpo, enormes goterones me cubrían la frente, desbordaban mis cejas, entraban en mis ojos dejando su tinte, enrojecían al resbalar por mi boca entreabierta, y me desembocaban, ruidosos, en la mar encarnada del pecho. ¡Qué tentador subir al compás de la lluvia, subir para quedarse, saltar... ! ¡Regresar al ángulo donde todo es cercano, adentro, hacia adentro... ! ¡Marchar y no volver, morir

par este mundo donde todo está lejos; qué fácil fuego adentro, lluvia adentro, oro adentro...!

Si hacía por recordar se me borraba el mundo. Era más fuerte aquella luz que ésta. Pero no podía pensar en otra cosa. Caminé durante horas, cavando un inacabable lazo continuo de diez metros de largo, semejante al símbolo del alma-mariposa, del ocho o del infinito; una y otra vez en doble y ficticia noria sobre la arena.

Era dulce la arena, entre mis dedos era dulce; y sin embargo, no tan dulce como el abandono. Luché por quedarme, giré y giré durante horas hasta que el mundo se sobrepuso a la memoria. Me ganaron por fin el peso, y el tacto, y el sonido: se hicieron soportables la alegría y el temor, supe que había escapado indemne del sagrado fuego. Y sentí que todas las lejanías, la minúscula lejanía entre las olas y yo, la mayúscula lejanía entre las estrellas y yo, la gigantesca lejanía entre yo y el ayer, estaban ardiendo con la misma llama y daban forma desde siempre al mundo.

Pérdix me enseñó que hay que saber ser agradecido. Cuando al fin me encontré a salvo con mi tesoro, lejos del mar hambriento, sin quemaduras, misteriosamente limpia la vieja ropa que abandonara antes del salto, busqué un destinatario a mi agradecimiento en el centro exacto del crepúsculo cálido y abierto. Supe que cualquier dirección sería la correcta y, con mi más ancha sonrisa, grité a todo pulmón hacia el ancho horizonte.

Es preciso ser simplemente un viejo sueño, reconocerse abiertamente antiguo para atreverse a exhibir estos recuerdos. El buen gusto del siglo reclama desapego, sólo a los ancianos nos está permitido aferrarnos en serio a nuestras memorias. Tal vez hubiese sido preferible salpicar mi confesión de guiños y de ingenio, pero llega un momento en que el recuerdo es tan intenso que ni siquiera a parpadear se alcanza.

#### IV.

Es cierto. Preferí la arena. Siempre fui torpe y apegado a los míos. Escogí la mediocridad de ser un pobre imbécil con suerte, antes que abandonarme a la grandeza de la plenitud definitiva. Tuve miedo. Como ficción que soy, me atrevo a pensar que tal vez algún día reúna la fuerza suficiente para alcanzar el gran recuerdo, sin temor ya, seguro (o despreocupado) de conservar a mano este vicio entrañable llamado forma humana. En aquel momento sólo quería apartar los ojos. Radiante de alegría, pero huyendo como un conejo. Con la extraña seguridad de que volvería, pero sin ninguna prisa.

La lluvia de oro me siguió calando durante toda la noche. Desaparecía y regresaba con un pulso propio que poco a poco se fue suavizando. Cuando al fin cesó dejó en el aire un olor mineral y animal a un tiempo. La tierra se había levantado en celo. Sentía la mañana concentrada en mi vientre, erguida, latiendo como un semental que creyera cubrir la playa entera. Todo regresaba al ácido y punzante compás de la aurora. Apareció blanquecina la polis, y una gran vela saludó, más blanca aún, desde la mar. Todo el Olimpo, entonces, se tornó pequeñito y yo lo deslicé suavemente en la bolsa de mi cinto. Risueño como un niño que venera un secreto, dejé vagar mis pies descalzos de nuevo por la arena.

Era mi playa misma. Y aunque estaban recientes mis huellas, fue como si volviese de un larguísimo viaje. Parecía un montañés que oyese por vez primera el bramar de las olas; se llenaron mis oídos, mis ojos se ensancharon en gozo horizontal, difusos por el roce entre la mar y el cielo, repletos de sorpresa ante la inmensa recta que hacía nacer un dos inmenso, azul y limpio. Era mi playa misma. Aunque nunca antes había visto arena semejante, ni semejante espuma. Allí seguía mi barca, mi polis y mi casa; mi mujer y mis niños que dormían ajenos bajo las amplias mantas de pieles de carnero.

En el misterio preso (y aunque ya amanecía), palpé su diminuto calor bajo la lana. Aquel párvulo fuego era ya todo el fuego, había adquirido el poder de mil hogueras, encerraba la clave de todos los saberes, era faro y estrella para los navegantes, piedra angular del templo para los constructores, claro espejo sin paño para el vagón del cómico, reclamo para viejos distraídos pronunciado en la lengua de los pájaros, silbo de mi aire, cuenco de mi agua, gallo de mi tierra. Y aunque el mundo todo era imán de su secreto, ellos eran más. Así dormidos, el concierto espontáneo de sus respiraciones declaraba con húmedo argumento el ajuste gozoso de la vida. "He vuelto", me dije. "He vuelto. Y quizá nunca sepan lo lejos que viajé, ni los miles de años que he faltado esta noche".

V

Salí de la habitación con cuidado y fui a sentarme ante el hogar. Y allí, en mi casa, en silencio, un alado temblor me ensanchó las espaldas. Mis alas verdaderas al fin se despertaban. (A las últimas brasas de la hoguera arrojé las antiguas, que laboriosamente Dédalo había diseñado a mi medida. Ardieron bien, como cuadra a una ofrenda. Su humo fue telón que marcó el fin de un acto.)

No sentía peso. Las plegué y desplegué varias veces y supe que eran reales. Las batí suavemente y sentí que subía. Las agité con fuerza y volé como un dardo de nuevo hacia el Sol. Recordé a tiempo, y regresé, y las volví a plegar con sumo cuidado sobre mis espaldas.

\*\*\*



## ÚLTIMOS FRAGMENTOS DEL POEMA DE TALO

Con el firme propósito de mantener la discreción (eso parece querernos transmitir Talo al replegar sus auténticas alas) termina el núcleo esencial del relato que lleva su nombre, que se concentra temporalmente en una sola tarde y una sola noche. No es que el autor desee que su historia sea borrada de la memoria de los hombres (no se hubiese tomado la molestia), simplemente pretende que el lector sepa guardar el secreto y se comporte, excepto con personas de su entera confianza, como si no lo hubiese leído. Que quede entre nosotros, parece desprenderse de su actitud.

Es preciso recordar, por otro lado, lo que ya se puntualiza en el párrafo segundo del primer capítulo de la primera parte: que este relato es hijo de un poema épico y nieto de un poema lírico ya desaparecido. Resulta evidente que nada podemos decir de su primera fuente; he logrado, sin embargo, traducir para el lector los últimos fragmentos de su antecedente directo, que, por hacer referencia a un periodo de tiempo indefinido y a todas luces posterior a la tarde-noche que acota el poema, no han sido utilizados por Talo para la confección de su testimonio:

(... CANTO XIX)

*Así permaneció despierto junto a ellos.*

*Y vaciaba en sus ojos flores de despertar sin que nada supieran. Y cantaban sus gallos después del mediodía repletando la tarde de rocío y de auroras. E incendiaba las piedras ovaladas y lisas que pisaban descalzos al correr junto al agua. Sin que nada supieran.*

*Y silbaba canciones que no lo parecían, al compás de las olas. Cantos que desvelaban los secretos del mar aunque ellos, nadando, apenas se fijaran.*

*Siempre los esperaba con sus fuertes brazos extendidos, abarcando de golpe la línea del horizonte, presto para el abrazo. Y el agua más fresca que bebían, sin que nada supieran, era agua manada de su boca.*

(CANTO XX)

*Han crecido cien lunas. Ha cantado a veces; y ha guardado silencio. Entre notas y pausas su vida se ha tornado partitura de un himno que no cesa. Clave de sol preside los pocos trazos rectos que sujetan su aventura diaria.*

*Su gente, su marisma, su trabajo, su cuerpo, su simple estar despierto. Cinco rectas sin una posible curvatura. Un sí sostenido resbala de una a otra, resuena en las más leves semifusas, transmuta en vieja lira al viejo volador.*

*Han menguado cien lunas y aún perdura la humedad de una lluvia, y el fuego de un instante, y un alado temblor ensanchando una espalda.*

(CANTO XXI)

*Maduró la mujer y los niños crecieron. Aunque el ancla esté echada en un beso y el gozo de padre en una risa tierna, nunca dejan los días de ir empujando al mundo.*

*Son hombres a su lado, no niños a sus pies, quienes ahora escuchan las adivinanzas que inventó de su vuelo. Una recia esposa la que acoge entre sus senos la dureza de su calor madurado en testimonio.*

*Las palabras se cubren de polvo con el uso, los acertijos se tornan familiares y ya apenas excitan las inteligencias; pierde fervor el afán primero y todo queda sobrentendido en el silencio.*

*Sólo unos pocos conservan la mirada alerta y siguen escuchando un canto que no cesa. Él lo sabe, y en ellos esconde, furtivo, su más última esperanza.*

(CANTO XXII)

*No se sabe. Hay quien dice que finalmente ardió la vieja barca, la vela que inflamaba el pecho de misterio, la quilla que cortaba con su sagrada risa las gigantesas lágrimas que Poseidón lloraba cuando llegaba Octubre, sin saber el motivo; el recio timón que no precisaba de manos porque estaba enganchado a la luz de una estrella, los pulidos remos que daban fuerza al brazo y coraje al ánimo; hay quien dice que todo ardió de puro seco, que el tiempo no perdona a la madera, que ahora yace suavemente en el recuerdo la que fue remolino de gozo entre los vientos, que se nota la ausencia del remo entre las manos, y la ausencia del timón en las estrellas; que ahora el navegar se ha hecho silencioso, y la quilla es un pecho desnudo, y la vela una simple certeza...*

*No se sabe, quizá por ser antiguo parezca estar cansado...*

*No podemos saber... Hay quien refiere casos de un viejo loco que camina de noche desnudo por las playas solitarias de Creta, y que, desde sus huellas, han visto levantarse como hilos de vapor entre la espuma. (No se sabe. También confirman otros que existe un ángel viejo en el acantilado, que nadie lo vio nunca, excepto un par de náufragos, y que su forma de volar produce risa y espanto a las bandadas de gaviotas.)*

(CANTO FINAL)

*Ahora vive en el Sur, bajo la gran palmera.*

